

Vi una gran multitud que nadie podría contar (2/2)

Dr. Justo L. González



Consulta Nacional Hispana
Dallas, Tejas
8 de agosto de 1999

Vi una gran multitud que nadie podría contar (2 de 2)

Ayer basamos nuestra reflexión en uno de los primeros libros de la Biblia, el libro de Josué. En parte hacíamos eso, porque nos tocaba mirar hacia el pasado para a partir de él afirmar nuestro presente. Hoy, empero, nos toca hablar del futuro, y por ello se me antoja que sería bueno que tomáramos como base para nuestra reflexión el último de los libros de la Biblia, el Apocalipsis.

Pero hay otra razón por la que he decidido centrar nuestra reflexión sobre ese libro. Si algo caracteriza a nuestra época, es el hecho de que en un mismo lugar se encuentran y se entremezclan culturas y tradiciones que hasta hace poco parecían existir separadamente una de la otra. Ciertamente, nuestra misma presencia aquí, en medio de una cultura dominante que en buena medida nos es extraña, es índice de esto.

Las cosas han cambiado mucho en unas pocas décadas. Recuerdo que hace unos años fui a un restaurante mexicano en Atlanta y, cuando les dije que mi nombre era González, me dijeron “Would you please spell that?” ¡De más está decir que decidí ir a comer a otro sitio! Pero hoy en la guía telefónica de Atlanta hay columna tras columna de González. Y en el seminario donde enseña mi esposa, de tradición presbiteriana, el apellido más común no es ya McAllister, ni siquiera Smith, sino Kim.

Pues bien, es en el Apocalipsis que encontramos repetidas referencias a “todo linaje, y pueblo, y lengua y nación”. Luego, ahora que nos abocamos, no sólo al siglo veintiuno, sino también a una sociedad cada vez más multicultural, un estudio de ese libro y de esa frase bien puede servirnos en nuestra tarea de soñar y planificar para el siglo que alborea.

La frase aparece siete veces en Apocalipsis. Para quienes quieran tomar nota: Apoc. 5:9; 7:9; 10:11; 11:9; 13:7; 14:6; 17:15.

Cuando pensamos acerca de esa frase, lo primero que nos viene a la mente es la visión gloriosa del capítulo 7, donde Juan cuenta: “Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas. Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos” (Apocalipsis 7:9).

Esa es la gran visión que ha de conducirnos hacia el siglo veintiuno, y sobre la cual volveremos.

Pero antes de hacer eso es importante recordar que en la visión de Juan de Patmos la dimensión multicultural no siempre es positiva. En el capítulo 11 se habla de dos testigos. No tenemos que detenernos a discutir qué o quiénes son esos testigos. Lo importante es señalar que Juan dice que tras la muerte de esos dos testigos, “gentes de todo pueblo, tribu, lengua y nación verán sus cadáveres” y les negarán sepultura, y se regocijarán por la muerte de los testigos. Y en el capítulo 13, donde Juan habla de la bestia que sale del mar, dice que “se le dio

autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación”.

Si la multitud gloriosa que adora al Cordero representa a todo pueblo, tribu, lengua y nación, también la multitud que adora a la bestia representa a todo pueblo, tribu, lengua y nación.

Luego, lo primero que hemos de aprender de estos textos es a no dejarnos llevar por visiones románticas acerca del multiculturalismo. Si el Reino de Dios es multicultural, también lo es el Reino de Satanás.

Otro pasaje donde aparece la frase que estudiamos, y donde frecuentemente no la notamos, está en el capítulo 17. Esta es la visión de la gran ramera. Allí el ángel le explica a Juan lo que significa la visión, y le dice: “Las aguas que has visto, donde se sienta la ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”. Esto es una alusión a Jeremías 51:13, donde el profeta proclama contra Babilonia: “Tú, la que moras entre muchas aguas, rica en tesoros, ha llegado tu fin”. Es también una referencia a un tema que aparece repetidamente en la iconografía antigua, donde se representa a las ciudades como una diosa en un trono sobre un río.

Esto se debe a que en tiempos antiguos la mayor parte del comercio tenía lugar por vía acuática más bien que terrestre. Mucho se habla de los caminos romanos, cuyas ruinas perduran hasta hoy. Pero lo cierto es que esos caminos se construyeron principalmente con propósitos militares, para mover ejércitos. En términos económicos, las vías marítimas y fluviales eran mucho más productivas. Resultaba mucho más caro llevar una carga cincuenta kilómetros por

tierra que quinientos por mar. Es por eso que desde fecha temprana Roma empezó a importar el trigo, no de los campos de Italia, sino de Sicilia, y más tarde de Egipto. Hay un pasaje del romano Columela que nos recuerda lo que dicen muchos de nuestros contemporáneos sobre los carros japoneses. Dice Columela: “En esta tierra del Lacio, tierra de Saturno, donde los dioses les enseñaron a sus descendientes las artes agrícolas, tenemos ahora que tener subastas para traer trigo de provincias lejanas, allende la mar”.

Luego, cuando Juan nos dice que Roma, la gran ramera, la ciudad imperial del siglo primero, estaba sentada sobre muchas aguas, nos está diciendo sencillamente lo que todos sabían, es decir, que Roma era rica. Pero el Apocalipsis nos dice más. Nos dice que “las aguas que has visto, donde se sienta la ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”. Roma es rica, sí; pero es rica porque se sienta sobre pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas cuya riqueza fluye hacia Roma como las aguas de un río.

¿Qué nos dice todo esto acerca de lo que significa ser una iglesia multicultural en medio de una sociedad multicultural? Nos dice ante todo que debemos cuidarnos de romantizar las culturas y el multiculturalismo.

Hay al menos tres modos en que romantizamos la cultura.

El primero es hacernos la idea de que las culturas tienen una pureza que en realidad no tienen.

Las culturas, las lenguas, las naciones y los pueblos son fenómenos históricos. Son parte de esta creación caída y por tanto, como parte de esa creación, llevan sobre sí el sello del pecado.

Ciertamente, yo amo mi cultura. Pero cuando me detengo a pensarlo bien, tengo que reconocer que mi cultura, y esta lengua española que tanto amo y de que tan orgulloso estoy, son en parte el resultado y el resumen de muchas opresiones. Si yo hablo el español, es porque mis antepasados españoles invadieron las tierras de mis antepasados indios, porque trataron de suprimir sus idiomas y sus culturas. Si todavía digo «aguacate» y «bohío» y «sinsontle», es porque la cultura de aquellos antepasados indios se ha negado a desaparecer por completo.

Pero esa historia puede llevarse mucho más lejos. Si hoy digo que esto es mi “mano”, es porque mis antepasados romanos conquistaron a mis antepasados celtibéricos. Si como “queso” en lugar de “fromaggio”, es porque mis antepasados visigodos conquistaron a mis antepasados romanos. Si cuando quiero que algo suceda digo “ojalá”, es porque mis antepasados moros conquistaron a mis antepasados godos. Y si como “malanga” y “fufú”, ello refleja el hecho de que mi abuelo tuvo un esclavo africano.

Ciertamente, yo amo mi cultura y mi idioma. Me embelesan su fluidez, sus ritmos y contrastes. Pero al mismo tiempo tengo que recordar que esta cultura y esta lengua que tanto amo son el resultado de mucha opresión, mucha injusticia y mucho sufrimiento.

Es importante que todos recordemos esto, porque de otro modo el amor hacia la cultura puede volverse demoníaco. Es cuando nos olvidamos de esto que ese amor resulta en programas de limpieza étnica, en teorías de supremacía, y en exclusivismos raciales y culturales. Es importante que recordemos esto, porque las mismas lenguas y culturas que en el día final han de rendir gloria al Cordero son las que, según Juan nos advierte, también están demasiado dispuestas a rendirle pleitesía a la bestia.

En segundo lugar, romantizamos las culturas cuando nos hacemos la idea de que tienen una estabilidad que en realidad no tienen. La cultura es por definición un ente viviente, y lo que vive está siempre en constante flujo. Las culturas, por su propia naturaleza, son permeables, aunque parezcan cerradas, como la piel es permeable por mucho que no lo parezca. Si la piel se vuelve impermeable, el cuerpo muere. Lo mismo con las culturas. Las culturas influyen unas sobre las otras. Evolucionan con los cambios sociales y económicos. Una cultura que no cambia, que no evoluciona, es una cultura muerta, y por tanto ya no es cultura, sino reliquia.

Es muy importante que nosotros, el pueblo latino en los Estados Unidos, recordemos esto. Los de las generaciones mayores vemos a los más jóvenes haciendo y diciendo cosas que no entendemos, y decimos “están perdiendo su cultura”. Pero posiblemente sea más exacto decir: “Están creando una nueva cultura. Y será a través de esa nueva cultura que la nuestra continuará hacia el futuro”.

Por último, el tercer modo en que se romantiza la cultura consiste en olvidar que la cultura siempre existe en un contexto social, político y económico. Juan de Patmos nos lo advierte: “Las aguas que has visto, donde se sienta la ramera, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”.

Si aceptamos la interpretación más común, que Juan se está refiriendo a la Roma imperial del siglo primero, vemos que Juan tiene una visión muy realista de la riqueza romana. Roma es rica, no porque sea particularmente productiva, y ciertamente no porque sus ciudadanos trabajen más o mejor que las gentes de los muchos pueblos, naciones y lenguas. Roma es rica porque ha logrado establecer un sistema mediante el cual las riquezas de las naciones fluyen hacia ella, como otras tantas aguas.

Al igual que el nuestro, el siglo primero fue una época de gran mezcla y encuentro de naciones, pueblos y culturas. El lugar donde la mezcla y encuentro eran más notables era la ciudad misma de Roma, donde se encontraban gentes procedentes de todos los rincones del Imperio Romano. Al igual que hoy, había en Roma un elemento tradicional que se lamentaba del modo en que su ciudad se había visto invadida por gentes de todas las lenguas y naciones. Más o menos por la misma época del Apocalipsis, el romano Tácito se quejaba de que Roma se había vuelto una cloaca hacia donde fluía todo lo más sórdido y degradado del mundo.

Por otra parte, también al igual que en nuestros días, había quien se gozaba en un

multiculturalismo ingenuo. Había quien se imaginaba que había una sabiduría especial en la astrología de los babilonios, o en los mitos del Egipto, o en los ritos religiosos de Siria, y se dedicaba entonces a recoger pedacitos de sabiduría de aquí y de allá—como los hay también hoy.

Pero entre todas estas gentes, y de todos los escritores antiguos cuyas obras han llegado hasta hoy, sólo Juan Patmos se precató de que las muchas tribus, pueblos y naciones estaban presentes en Roma, no sólo por razón de intercambios culturales, sino también porque Roma era la gran ramera sentada sobre muchas aguas, y esas aguas eran los “pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas” cuyos bienes y cuyo trabajo enriquecían a Roma.

Los encuentros culturales del siglo primero, como los de hoy, no tuvieron ni tienen lugar aparte de los sistemas políticos y económicos. El multiculturalismo de hoy no se debe única ni principalmente a la televisión o a la facilidad de los viajes aéreos. Se debe también a que el orden mundial—o más bien, el desorden mundial—es tal que las gentes se ven obligadas a abandonar sus tierras natales en busca de trabajo, de comida, de libertad, de paz, de seguridad. Y, cuando los ríos económicos fluyen en una dirección, en esa misma dirección fluyen los ríos de la población.

Ejemplos hay muchos. En los últimos años, miles de hectáreas en México que antes se dedicaban al cultivo de maíz y frijoles ahora se utilizan para cultivar vegetales y flores para

exportar a los Estados Unidos. Puesto que los vegetales que vienen de México resultan más baratos, a los rancheros de este lado de la frontera se les hace más difícil la competencia, y buscan mano de obra más barata. Esa mano de obra la proveen obreros mexicanos, posiblemente los mismos que antes se dedicaban a cultivar maíz y frijoles, pero que ahora se ven desplazados por la agricultura masiva para la exportación. Luego, mientras en las noticias se nos habla constantemente de quienes pasan sin papeles por debajo del puente, esas personas en realidad están siguiendo los tomates que pasan legalmente por encima del puente. Cuando los ríos económicos corren en una dirección, en esa misma dirección fluyen también los ríos de la población.

Algo semejante sucede en Francia y la Gran Bretaña, donde ahora hay una fuerte reacción contra los inmigrantes, olvidándose de que esos inmigrantes vienen de las mismas tierras que antes enriquecieron el Imperio Británico y el francés. Cuando los ríos económicos corren en una dirección, en esa misma dirección fluyen también los ríos de la población.

Juan de Patmos tenía razón. La sociedad multicultural del siglo primero no era resultado solamente del intercambio cultural, sino también de un intercambio económico desequilibrado. Cuando los ríos económicos corren en una dirección, en esa misma dirección fluyen también los ríos de la población.

Y lo mismo es cierto en nuestros días.

Pero hay más. Juan también sabe que los encuentros multiculturales no son siempre dulces ni fáciles. En el capítulo 10 nos cuenta la visión del pequeño rollo que el ángel le ordena comer. Si tuviésemos más tiempo, podríamos entrar en algunos de los detalles de esa visión. Pero lo que nos importa aquí es que es una visión paralela a la de Ezequiel 2 y 3, donde también se le ordena al profeta comer un rollo. Lo que resalta cuando leemos las dos visiones es que, mientras Ezequiel dice “lo comí, y fue en mi boca dulce como la miel”, Juan en el Apocalipsis dice “en mi boca era dulce como la miel, pero cuando lo hube comido amargó mi vientre”.

¿Cómo se explica esta diferencia? Para entenderla hay que recordar que Juan es judío. Es un buen judío. Es el más judío de todos los autores del Nuevo Testamento. Tanto, que no hay un solo versículo del Apocalipsis que no tenga una alusión a las Escrituras del Antiguo Testamento. Y cuando cita esas Escrituras, Juan no las cita, como Pablo o como Lucas, o como todos los otros escritores del Antiguo Testamento, de la versión griega que entonces circulaba, sino que parece que va haciendo su propia traducción directa del hebreo—como cuando yo cito la Biblia en inglés, y lo que hago es traducir en mi mente un pasaje que me sé de memoria en español.

Y no es sólo Juan quien tiene profundas raíces en la cultura y tradición judías, sino que también las tienen las congregaciones a las cuales dirige su libro. De otro modo, jamás podrían entender un escrito tan lleno de alusiones al Antiguo Testamento.

Y ahora a Juan, cristiano, sí, pero judío de pura cepa, quien se mueve en medio de iglesias de profundas raíces judías, se le ordena que profetice, según dice literalmente el texto, “**sobre** muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”. No se le dice que vaya a los pueblos y naciones para llevarles el mensaje de Cristo. Se le dice más bien que vaya a sus congregaciones, a sus congregaciones de profundas raíces judías, y les hable sobre los pueblos, naciones, lenguas y reyes a quienes Dios está llamando a ser parte de su Reino. Y esto a Juan, cristiano sí, pero cristiano de profundas raíces culturales judías, se le vuelve amargo en el vientre.

Quizá éste sea el aspecto más difícil en nuestra tarea de ser una iglesia multicultural en un mundo multicultural. No es difícil invitar a gente de otros pueblos, naciones y lenguas, siempre y cuando vengán a ser parte de la misma iglesia, sin mayores cambios, dominada siempre por el mismo pueblo, nación y lengua. A través de su historia, siempre que la iglesia ha tomado en serio la Gran Comisión, ha estado dispuesta a ir **a** varios pueblos, naciones y lenguas. Ha estado dispuesta a profetizar **en** varios idiomas, y para ello los misioneros y misioneras han traducido la Biblia a cientos de idiomas. Lo que a la iglesia siempre se le ha hecho difícil ha sido profetizarle a su pueblo, su lengua y su nación sobre el lugar igual que han de ocupar otros pueblos, otras lenguas, otras naciones.

La difícil tarea a que la Iglesia Metodista Unida tendrá que enfrentarse en el siglo veintiuno no será, como podríamos imaginarnos, atraer a las minorías étnicas. Ni será tampoco sostener ministerios étnicos. De hecho, el colmo de la arrogancia de las culturas dominantes está en

imaginarse que depende de ellas el que el Evangelio se abra paso o no entre los pueblos y las naciones. El hecho es que el Evangelio se está abriendo paso entre los pueblos, las lenguas y las naciones—que se está abriendo paso más rápida y profundamente que entre las antiguas culturas dominantes en la iglesia.

Lo que esté en juego no es si la iglesia será multicultural. Lo que está en juego es si quienes están acostumbrados a escuchar el Evangelio expresado únicamente en términos de su propia cultura dominante podrán de veras participar en la vida de la iglesia multicultural que ya se va haciendo realidad. Para ello es necesario que quienes tradicionalmente han dominado en la iglesia estén dispuestos a tragarse el rollo amargo, y a profetizar **sobre** la realidad multicultural que es parte del plan de Dios.

Y, dicho sea de paso, será necesario que nosotros y nosotras, quienes pertenecemos a culturas hasta ahora marginadas en la vida de la iglesia, comprendamos algo de la amargura y del dolor que estos cambios conllevan para nuestros hermanos y hermanas de la cultura dominante, y les amemos y perdonemos aun en medio de su amargura.

Aquí conviene, como de paso, una palabra de humildad. Otro de los pasajes donde Juan se refiere a los muchos pueblos y naciones se encuentra en el capítulo 14, donde se nos habla de un ángel que vuela en medio del cielo y proclama el Evangelio “a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo”. Mucho podría decirse sobre ese pasaje. Pero lo que

conviene recalcar es que, si nos imaginamos que el que la gente crea depende de nuestros esfuerzos, este pasaje nos da un gran mentís. Hay evangelistas electrónicos que dicen que si tuvieran más dinero podrían comprar una emisora más poderosa, y las gentes creerían. Pero he aquí un ángel volando en medio del cielo, con muchos mejores recursos audiovisuales que la más moderna estación de televisión, y después que termina su predicación todavía quedan suficientes incrédulos en la tierra como para requerir las siete copas de ira. En reuniones como ésta, es fácil convencernos de que todo depende de que la Conferencia General nos dé más dinero, de que mejoremos el Plan Nacional, de que hagamos esto o aquello... Pero no. Lo cierto es que todo depende de Dios. Lo que depende de nosotros no es que tengamos éxito. Eso es asunto de Dios. Lo que depende de nosotros es que seamos obedientes. Que, como diría Pablo, que no seamos rebeldes a la visión celestial.

Y esto nos lleva a los dos últimos pasajes que todavía no hemos considerado. Son los dos pasajes que manifiestan el aspecto positivo de la visión multicultural de Juan. El primero lo citamos al principio: “Después de esto miré, y vi una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas. Estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos” (Apocalipsis 7:9).

El segundo se encuentra en el capítulo 5, donde quienes están reunidos en torno al trono proclaman cantando: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación;

nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra” (Apocalipsis 5:9).

Esta es la gran visión de Juan: un reino de Dios en el que, junto a Dios, como reyes y sacerdotes, reina una gloriosa multitud de todo linaje, lengua, pueblo y nación.

Y ésta ha de ser también nuestra visión—la visión que muchas veces perdemos de vista cuando en la iglesias hablamos del “reto multicultural”. Al leer los documentos de la iglesia, y al leer nuestros propios documentos, tal pareciera que vemos la creciente situación multicultural única o principalmente como un reto: si la iglesia no responde, tendrá menos miembros, o quedará marginada, o no será pertinente a la situación del siglo veintiuno. Todo eso es cierto.

Pero ése no es el único ni el mejor modo de ver la creciente situación multicultural. Tomando muy a pecho la visión de Juan, ¿por qué no ver esa situación como un regalo de Dios, que nos permite aquí, en este mundo, en esta historia, en medio de nuestras ambigüedades y temores, nos permite un atisbo, siquiera lejano, de lo que será ese glorioso día, cuando una gran multitud, la cual nadie podrá contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas estará delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos, clamando a gran voz, “¡La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero!”? Así sea. Amén.